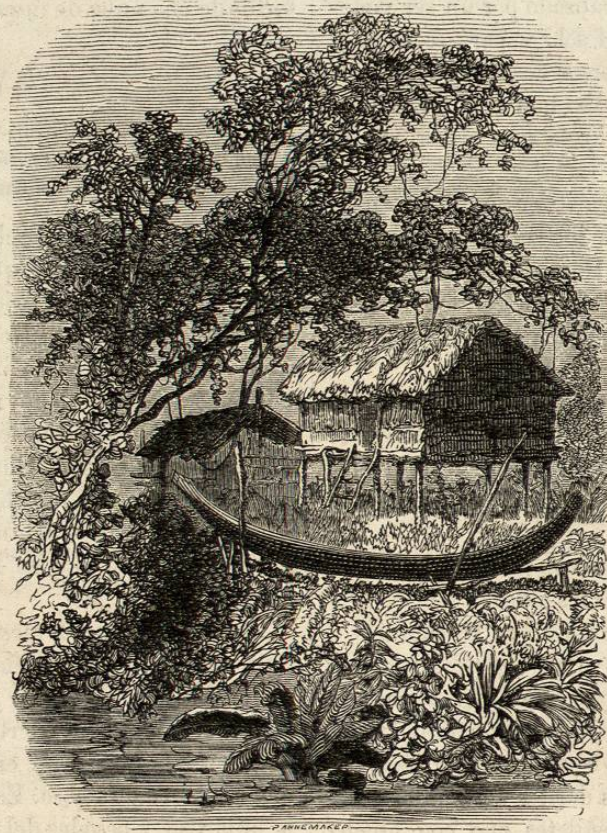


fin; pero en el estado en que se hallaban las cosas mi permanencia allí era absolutamente imposible.

Hasta Pun-ka-Daye, que como he dicho, es la primer poblacion que se encuentra viniendo de Brelum, tuve la sociedad y el auxilio de los misioneros y del viejo jefe de los stiengs, los cuales me proporcionaron

tres carromatos para mi equipaje, y al mismo tiempo Phrai y los anamitas de la comitiva del padre Guilloux se encargaron de mis cajas de insectos que no hubieran podido sin romperse soportar los vaivenes del camino.

Tres semanas hacia que habian cesado las lluvias, y



Cabaña cambodgiana.

quedé agradablemente sorprendido al hallar la naturaleza en los puntos que atravesábamos mas risueña que en el mes de agosto; los senderos estaban secos, y no tenia ya que habérmelas con pantanos fungosos ni con noches de lluvia.

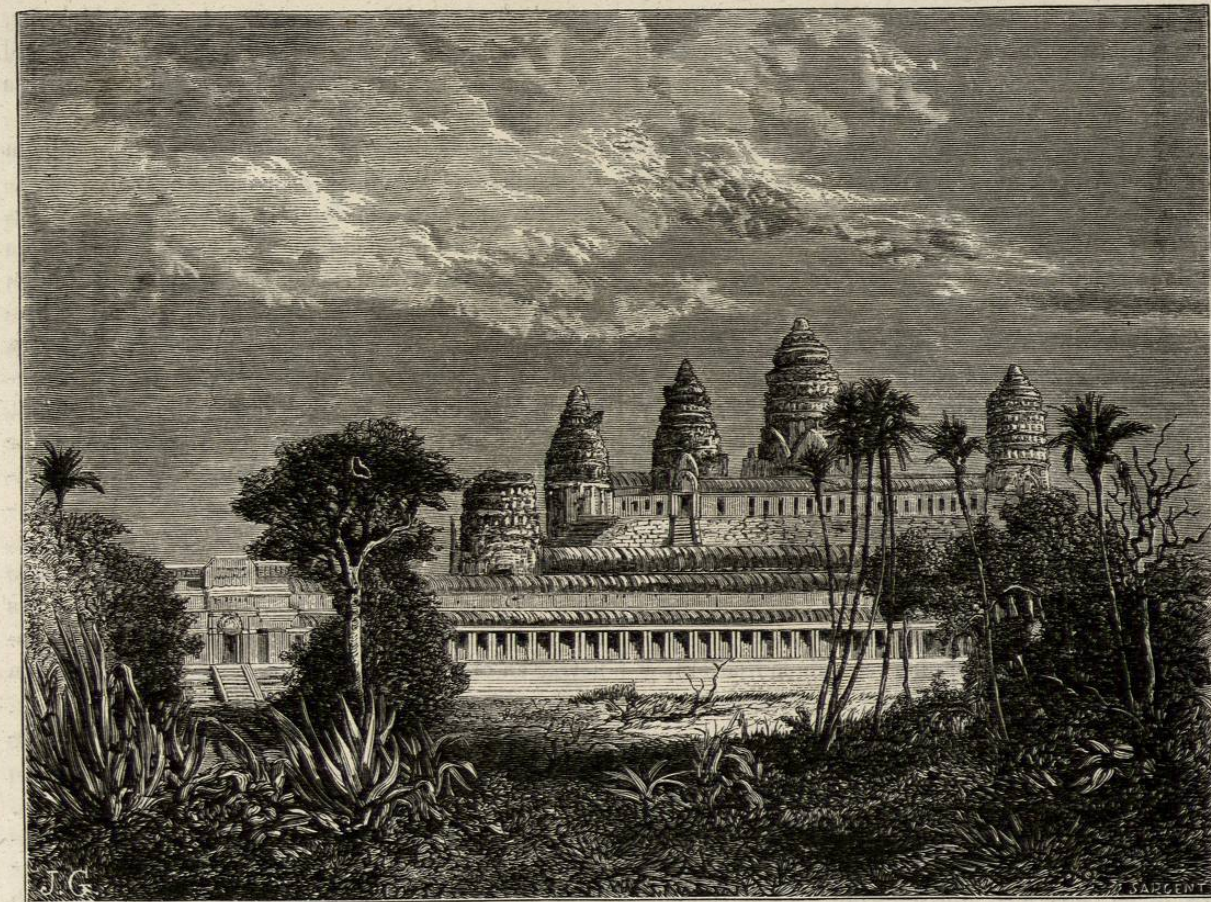
Llegamos á una de las estaciones en que debíamos pernoctar; nuestros criados encendieron lumbre para cocer el arroz y ahuyentar los animales salvajes, cuando notamos que nuestros bueyes, nuestro perro y nuestro mono manifestaban todos una especie de ansiedad y daban señales de miedo. Casi al mismo tiempo llegó á nuestros oídos un rugido que se parecia bastante al del leon. Nuestro primer movimiento fue correr á las armas, que las teníamos siempre cargadas, y esperar. Otros rugidos análogos que procedían de un punto muy cercano aumentaron el espanto de nues-

tros animales, y á nosotros tambien nos hicieron concebir ciertos recelos. Propuse salir al encuentro del enemigo, y aceptada la proposicion nos internamos en el bosque hácia el lado de que venia la amenaza, armados todos de fusiles y picas. Fuimos á parar donde estaban las huellas que los perturbadores de nuestro reposo acababan de dejar en su tránsito, y en la margen de un pantano, en una pequeña clara del bosque, se ofrecieron á nuestras miradas, con la cabeza vuelta hácia nosotros, nueve elefantes, conducidos por uno viejo de una magnitud monstruosa.

Al vernos el jefe del bando lanzó un rugido mas formidable aun que los anteriores, y todos se dirigieron con gravedad hácia nosotros. Estábamos agachados, y medio escondidos entre los árboles y la maleza, pero aquellos árboles eran todos demasia-

do gruesos para trepar por ellos. Armé mi fusil y apunté á la sien del macho conductor del bando, único sitio vulnerable; pero el anamita que se hallaba á mi lado, y que era un consumado cazador, me contuvo suplicándome que no tirase, pues me dijo: «si herís ó matais cualquiera de estos animales, estamos perdidos, y aun cuando lográsemos poner en salvo nuestras personas, los demás elefantes enfureci-

dos harian pedazos nuestros bueyes, nuestros carromatos y todo lo que contienen. Si no fuesen mas que dos ó tres, añadió, yo habria sido el primero en romper las hostilidades, y tal vez llegaríamos á matarlos todos, pero en presencia de nueve, entre los cuales hay cinco de la mayor especie, es mas prudente que toquemos retirada.» En aquel mismo momento, el padre Guilloux, que confiaba poco en la ligereza de sus pier-



Fachada septentrional de Ongker-Wat.

nas, disparó su escopeta al aire, para intimidar al enemigo, y lo consiguió perfectamente, pues los nueve colosos dieron de pronto media vuelta y se internaron en el bosque.

Llegado que hubimos á Pemptielan, nos apeamos en casa del mandarin cuya autoridad se estiende sobre toda aquella parte del Cambodge, y contra la costumbre del pais nos ofreció hospitalidad bajo su propio techo. Apenas nos hubimos instalado, nos visitó y me pidió mi mejor escopeta. Al ver que no podia desprenderme de ella, me pidió cualquiera otra cosa, dándome á entender que deberíamos haber empezado por regalarle algo. Le dí un traje europeo completo, un frasco de polvora, un cuchillo de monte, pólvora y algunos

otros objetos insignificantes. Entonces él para manifestar su reconocimiento, me regaló una trompa de *cornac* de marfil, nos ofreció dos elefantes para proseguir nuestro camino, y despachó á nuestros criados con una excelente carta para los jefes de su distrito.

Continuamos al dia siguiente nuestro camino. El abate, montado en un elefante, leia tranquilamente su breviario, y yo, montado en otro, me embebia en la contemplacion de la belleza de los paisajes de aquel distrito. Asi atravesamos las pintorescas llanuras ocupadas por los pobres siameses cuando pasé por la primera vez; pero en lugar de abundantes cosechas no ví mas que yerba; los lugares estaban abandonados, y las casas y los vallados reducidos á escombros. Hé

aquí lo que había sobrevenido: el mandarín de Pemp-tielan, ejecutando ó traspasando las órdenes de su amo el rey de Cambodge, tenía á aquellos desventurados sujetos á una esclavitud y á una opresión tales que trataron de sacudir su yugo. Privados de sus instrumentos de pesca y de labranza, sin dinero, sin víveres, se hallaban abandonados á una miseria tan horrible, que muchos de ellos murieron de hambre.

En número de algunos miles, y conducidos por uno de sus jefes, cuya cabeza se había pregonado, y que había vuelto secretamente del Anam, se levantaron en masa. Los de las cercanías de Penom-Penh llegaron á Udong para proteger la evasión de sus compatriotas establecidos en aquel punto, y una vez reunidos todos, bajaron por el río y pasaron á Cochinchina. El rey dió orden de oponerse á la marcha de los siameses, pero toda la población cambodgiana, con sus mandarines á la cabeza, á la sola noticia de la sublevación se había internado en los bosques.

A mas del interés que inspiraba aquel pobre pueblo por sus desventuras, se hizo simpático por su conducta, pues cuando todos huían delante de ellos, y cuando Udong, Pinhalú y Penom-Penh, no tenían siquiera un defensor, se portó muy noblemente.

«Nada tema el pueblo, decían; que se nos deje partir y respetaremos las propiedades; pero degollaremos á cualquiera que intente oponerse á nuestra fuga.» Y en efecto, no se apoderaron ni de una sola de las espaciosas embarcaciones que sin que nadie las custodiase se hallaban amarradas cerca de la frontera, y se abandonaron á la corriente del río en sus estrechas y frágiles piraguas.

Al pasar por delante de la isla de Ko-Sutin nos detuvimos en ella para ver al padre Cordier. Este pobre misionero se hallaba en el mas deplorable estado; su enfermedad se había agravado y no podía trasladarse de su cama á su silla sin gran trabajo. Sin embargo, se encontraba allí destituido de recursos sin mas que arroz y pescado seco para su manutención. Solo tenía para cuidarle y servirle dos muchachos de unos diez años. Le rogamos que se viniera con nosotros á Pinalú, pero rehusó á causa de su debilidad.

«Lo que siento, decía, son mis pobres padres á quienes ya no volveré á ver mas; veo venir la muerte con calma, casi con alegría.» Todas nuestras súplicas para llevárnosle fueron inútiles, y nos fue preciso seguir nuestro camino profundamente contristados por dejarle en aquel penoso estado sin poder hacer nada para aliviarle.

El 21 de diciembre, llegamos al fin á Pinhalú.

A los 103° 03' 50" de longitud meridiano de París, hacia los 11° 37' 30" de latitud Norte, y á 2 ó 3 leguas solamente de la frontera Cochinchina, se en-

cuentra Penom-Penh, el gran mercado del Cambodge. Aquel es el sitio donde se divide el Mekong; el gran río se remonta primero al Nordeste, despues al Noroeste, hasta China y las montañas del Thibet, donde tiene su origen. El otro brazo, que no lleva ningun nombre, y que seria bueno, para distinguirlo, llamarle Me-Sap, del nombre del lago Touli-Sap, sigue la dirección del Noroeste. Hacia los 12° 25', de latitud, empieza el gran lago que se estiende hasta los 13° y 53'; su forma es la de un violín. Todo el espacio comprendido entre el gran lago y el Mekong, es una llanura poco accidentada, mientras que el lado opuesto está atravesado por las altas cordilleras del Pursat y sus ramificaciones.

La entrada del gran lago del Cambodge es bella y grandiosa. Se asemeja á un vasto estrecho; la ribera es baja, cubierta de un espeso bosque medio sumergido, pero coronado por una vasta cordillera de montañas cuyas últimas cimas azuladas se confunden con el azul del cielo ó se pierden en las nubes; despues, cuando poco á poco el pasajero se encuentra rodeado, lo mismo que en alta mar, de un vasto círculo líquido en que la superficie, en medio del día, brilla con un resplandor que apenas puede soportar la vista, se queda estático de asombro y de admiración como en presencia de todos los grandes espectáculos de la naturaleza.

En el centro de aquel mar interior hay elevado un gran palo que indica los límites comunes de los reinos de Siam y de Cambodge; pero, antes de penetrar en este último país, digamos todo lo que aun nos queda que decir acerca de él.

El estado del Cambodge es deplorable y su porvenir preñado de tempestades (1).

(1) Esta predicción se ha realizado ya en parte por una insurrección á favor del joven rey contra el viejo, poco tiempo despues de la partida de M. Mouhot. Pero aquella revolución palaciega no ha hecho mas que aumentar la anarquía en el reino, como lo demuestra el siguiente párrafo de una carta de monseñor Miche, provicario del Cambodge, publicada en el número de setiembre de 1863 de los *Anales de la Propagación de la fe*.

«Ocho meses hace que nos hallamos en plena revolución. Tres príncipes se disputan un trono carcomido, sin que se pueda predecir quién lo obtendrá. La causa de esta anarquía perseverante es la incuria de la corte de Siam que nos envía todos los meses uno ó dos mandarines sin autoridad, que envían á Bangkok noticias é informes contradictorios embrollando mas y mas los negocios. Verdad es que el rey de Siam ha enviado á Battambang un general con tres mil hombres; pero Battambang está tranquila y se halla á ocho jornadas de marcha del teatro de la guerra. Aquí es donde debería estar. Soldado con corazón de gallina, tiene miedo á un puñado de rebeldes que podría cercar fácilmente. Aguardando que las cosas se arreglen por sí mismas, recibe los regalos de todos los partidos, pone buena cara á todo el mundo, y por la noche, *desea de sus largas fatigas* en medio de su compañía de comediantes. Como en las ventas á pública subasta, estoy convencido de que la corona se adjudicará al último y mejor postor.

«Mientras escribo estas líneas, recibo la noticia de que cuatro

Hace tiempo, sin embargo, que era un reino poderoso y muy poblado, como lo atestiguan las ruinas espléndidas que se encuentran en las provincias de Battambang y Ongkor, que nos proponemos visitar; pero hoy día aquella población está escesivamente reducida por las guerras incesantes que el país ha tenido que sostener contra sus vecinos; y en mi concepto, no pasa de 1.000.000 de almas, segun mi apreciación propia, y tambien segun los datos estadísticos de la población. Se cuentan treinta mil hombres contribuyentes, libres y en estado de llevar las armas, porque el esclavo, tanto en Cambodge como en Siam, no está sujeto al impuesto ni á ninguna carga.

A mas de un número de Chinos relativamente considerable, se encuentran muchos malayos establecidos en el país desde hace siglos, y una población flotante de anamitas que asciende á dos ó tres mil. Como no se hallan empadronados mas que los contribuyentes, ni el rey ni los mandarines poseen datos estadísticos mas exactos.

Solo la dominación europea, la abolición de la esclavitud, leyes protectoras y sabias, y administradores fieles, experimentados y de una conciencia escrupulosa, podrían regenerar aquel Estado, tan próximo á la Cochinchina, en que Francia pretende establecerse y se establecerá sin duda alguna. Entonces aquel país se convertiría en un abundante granero, tan fértil como la baja Cochinchina.

El tabaco, la pimienta, el gengibre, la caña de azúcar, el café, el algodón, y la seda se dan admirablemente, y hago notar particularmente el algodón, esta primera materia que constituye las tres cuartas partes de la que se emplea en la confección de las telas, no solo en Francia, no solo en Europa, sino tal vez en toda la superficie del globo. Cuando América va á encontrarse abismada en los horrores de una guerra civil cuyas consecuencias y término nadie es capaz de prever, ¿no es evidente que no podremos en lo sucesivo contar con ella para la producción del algodón? Este puede faltarnos, ya que no completamente, á lo menos en gran parte, y faltar por consiguiente el pan á millones de trabajadores que no viven mas que de la industria algodonera. ¡Cuán bello buques de vapor siameses acaban de llegar á Kampot, conduciendo al príncipe rebelde para colocarle en el trono. Puedo apenas dar crédito á mis oídos. Esperábamos ver llegar al rey legítimo dentro de ocho días, y se me dice que se le va á trasportar desde Battambang á Bangkok. Se ha hecho precisamente todo lo contrario de lo que se debía.

«Por los pormenores que preceden y por todas las noticias que teneis acerca del estado de Cambodge, comprendereis, sin que os lo diga, que la administración de la misión, en lo que va de este año, se reduce á poca cosa. Durante los seis primeros meses de 1861, el Cambodge ha estado en guerra con el extranjero, y durante los otros seis meses ha sido presa de los horrores de la guerra civil.»

y vasto campo podría abrirse en los países que he recorrido á la actividad, el capital y el trabajo!

Inglaterra, la nación colonizadora, por excelencia, habría hecho muy pronto de la baja Cochinchina y de las comarcas que han sido objeto de mis escursiones una vasta plantación de algodón, y no es dudoso que antes de pocos años, si en ello se empeña, tendrá el monopolio de tan preciosa materia, como América lo ha tenido hasta ahora, con sus colonias de Australia, de las Indias, de la Jamáica, de la Nueva-Zelanda, etc, y nosotros nos veremos tal vez obligados á comprársela á ella, como ella y nosotros se lo compramos hoy al extranjero. ¿Por qué no convertirnos nosotros mismos en nuestros propios abastecedores? Las tierras únicamente de la isla de Ko-Sutin, como todas las de las márgenes del Mekong, se alquilan, á título de propiedades reales, á plantadores de algodón á razón de 1 libra de plata en peso y por cosa de 1 hectárea poco mas ó menos, dando una renta de mas de 1,200 francos. Los bosques situados en los terrenos elevados dan preciosas maderas de construcción muy justamente célebres, y en ellos se encuentran igualmente árboles que producen gomas y resinas muy solicitadas en el comercio, palo de águila y otras varias especies para tintes.

Las montañas encierran minas de oro, de plomo argentífero, de zinc, de cobre y de hierro, siendo estas últimas muy comunes.

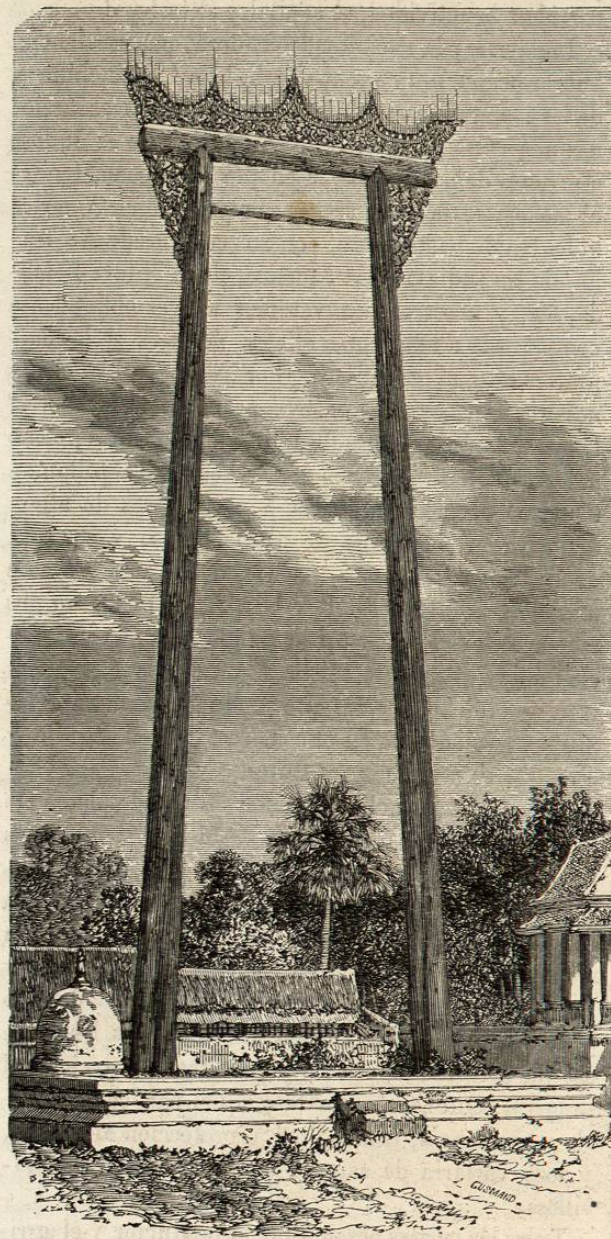
Asombra ver una producción insignificante, una industria nula en aquellas comarcas tan fértiles y tan ricas; pero se ignora generalmente que los reyes y los mandarines se enriquecen por medio del despojo y la concussion, y que son innumerables los abusos que arruinan al pueblo y paralizan la acción del progreso. Que se administrase aquel país con sabiduría y prudencia, con lealtad y protección al pueblo, y todo variaría de aspecto con una rapidez maravillosa.

Todas las cargas pesan sobre el productor y el agricultor; cuanto mas producen, mas pagan, y ya inclinados á la pereza por la influencia del clima, tienen como se ve, otra razón para ser perezosos: cuanto menos produzcan menos pagarán, y por consiguiente menos tendrán que trabajar. No solamente yace en la esclavitud la mayor y mejor parte de la población, sino que no hay estorsión ni concussion á que no recurran los altos mandarines, los gobernadores, los ministros, los príncipes y los mismos reyes.

#### XVII.

Travesía del lago Touli-Sap.—El río, la ciudad y la provincia de Battambang.—Población y ruinas.—Viaje á las ruinas de Ongkor.—Su descripción.

Tres jornadas largas de navegación necesité para atravesar en su mayor diámetro el pequeño Mediter-



Monumento religioso de los Chinos de Bangkok.—De fotografía.

ráneo del Cambodge, vasto receptáculo de agua dulce, y aun pudiera decirse de vida animal, por lo muchísimo que abundan en su seno los peces y por las palmpedas de todos los tamaños y de todos los colores que se agitan en su superficie.

En la estremidad Norte del lago, millones de pelícanos en columna cerrada cortan el agua en todas direcciones, ya sumergiéndose ya prolongando su cuello para alcanzar alguna presa; nubes de filocrócoras y cuervos marinos hienden el aire á algunos pies encima del agua; el oscuro color de su sombrío manto contrasta con el blanco de los pelícanos entre los cuales se confunden, y sobre todo con la deslumbradora

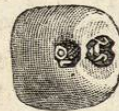
y nítida blancura de las gaviotas, que agrupadas en las ramas de los árboles de la orilla, parecen enormes copos de nieve.

Al entrar en el río de Kun-Boreye, formado por varios riachuelos, de los cuales hay uno que lleva el nombre de Battambang, se nos presenta el mismo espectáculo, aunque en un escenario mas limitado; donde quiera una animación extraordinaria de aves y peces.

Y nosotros, siguiendo su ejemplo, procuramos sacar algun partido de las horas de nuestra navegación.

El sol declinaba á su ocaso, y era menester desollar y abrir pronto las aves y todos los animales, porque el calor para echarlo todo á perder necesita muy poco tiempo. Dejamos los remos en banda, los criados encendieron fuego para cocer el arroz, y dejándonos mecer por las olas y fumando algunos buenos bouris, nos complacíamos en oír á mi chino Phrai que nos contaba alguna historia en su jerga compuesta de francés, de siamés y de chino.

Al asomar el alba, mientras los primeros crepúsculos de la mañana y el liviano soplo de una fresca brisa se llevaban á nuestros encarnizados enemigos los mosquitos, pusimos de nuevo los remos en movimiento. Llegado que hubimos á un sitio en que el río se divide, entramos en un estrecho cauce que viene del Sudeste y que tortuoso como una culebra, corre con la rapidez de un torrente. Aquel brazo, sobre el cual se levanta Battambang, no tiene á veces mas que de 12 á 15 metros de ancho. Las ramas de los árboles entraban en nuestro barquichuelo, y enormes monos suspendidos de ellas cesaban en sus juegos para vernos pasar. De cuando en cuando algun cocodrilo, sobresaltado al oír el ruido de los remos ó los cantos de los remeros, saltaba de la orilla, donde dormía tal vez, y se sumergía debajo del agua.



Naines ó lingotes que sirven de moneda.



Monedas nuevas de Siam.

Percibimos por fin delante de nosotros un burgo ó pequeña aldea, dominada por murallas de tierra que formaban lo que allí se llama enfáticamente una ciu-



Calzada y entrada principal de Ongkor-Wat.